

Resonancias del terruño.

Por Ramón M. Quesada.

## Últimos días de Cartago

## VI

Oigamos el sincero relato que la señora Blanco v. de Zavaleta, hace ella misma de lo que le sucedió aquella noche de nuestros recuerdos.

"Después del 13 de abril, dice, mi marido José Zavaleta y yo dispusimos tomar en la sala de la casa a las 5 30 p. m. el té que acostumbábamos a las 8 p. m., para poder así retirarnos más temprano al rancho provisional de otros miembros de la familia. Al anochechar el 4 de mayo, estábamos en el lugar dicho con nuestros hijos Claudia de 7 años y Hernán de 5, y un poco más adentro la sirvienta María Pacheco con un niño, de cuatro meses, en los brazos. Aun no habíamos acabado de reposar nuestra bebida, cuando fuimos sorprendidos por el terrible sacudimiento. Aquello fué instantáneo; como empujados por un resorte, corrimos hacia la puerta de la calle que no distaba ni cinco pasos, yendo adelante Hernán que era sumamente nervioso, y el cual juzgo que cayó fuera de la acera, y después de él todos nosotros.

No acierto a explicarme cómo fué la caída, pero sí cuando me sentí fué en el suelo, completamente aterrada, oyendo gritos desgarradores en mi derredor, y yo misma gritando con todas mis fuerzas, porque la pared del zaguán nos había caído encima. Yo estaba boca abajo, con la mano derecha cerca de la cara, y sobre mi costado izquierdo cayó boca arriba mi esposo. Como me quedaba un poco libre el brazo de ese lado, podía perfectamente pasarle la mano por la espalda y tocar la cabecita de la niña, que estaba casi entre los dos.

José me llamó una cuantas veces por mi nombre, y me preguntó si estaba muy herida, y ambos a la vez no cesábamos de gritar para que nos sacaran de aquel martirio, pero nadie respondía a nuestros lamentos ni a nuestros ruegos.

De los niños no oí más que un grito penetrante de pavor, que aun resuena en mi corazón. Llamé a la niña y como no

me contestó, le acaricié la cabeza, y me dije: ¡Ya está muerta! Como el chiquitín salió tan presto adelante, me imaginé que estaría vivo, en mitad de la calle y aunque le llamaba y no me respondía, abrigué la esperanza de que nada le habría pasado y que se habría ido al rancho de la familia ó a algún otro punto de la vecindad.

A todo ésto, cada vez que oíamos gente repetíamos a grandes voces que viniéran en nuestro auxilio, mas todo era en vano. A alguna persona le oí decir: *esperen... ¡ya vamos!* Y nada; guardamos un rato de silencio y oímos que de la casa vecina sacaban primero a una persona, y después a otra, y mientras tanto nosotros agonizábamos por la tardanza en socorrernos.

Habrían pasado unas dos horas en tan terrible angustia, cuando oímos pasos, y, con la fuerza de que eran capaces nuestros cansados pulmones, gritamos nuevamente, que por Dios nos sacaran. Se oían varias personas, tal vez tres ó cuatro, y al llegar frente a la puerta donde nosotros estábamos, comenzaron a encender fósforos.

—¿Qué es? preguntó uno de ellos.

—Un niño, dice el del fósforo, he tropezado con él!

—¡Sí, sí, un niño! repetían los demás, quienes no cesaban de prender fósforos.

—¡Pero está muerto! ¡Pobrecito! repiten en coro.

—¡¡Sáquenlo!! les contestamos, es hijo nuestro, y nos lo llevan al rancho de enfrente, de don Santos León H. Aquí estamos otros más aterrados, ayúdennos!

—Sí, ahora volvemos! nos contestaron, y se fueron enseguida, sin hacer nada.

Noté que la voz de mi marido, al dirigir a aquellos hombres sus angustiosas súplicas, era cada vez más línguida y apagada. Luego le oí quejarse; así permaneció un rato largo, le hablé y no me contestó. Pasé mi mano por su espalda y le repetí mi voz, pero ya no le volví a oír más.

Comprendí que ya había muerto, y me dije: ¡sólo faltó yo! esto no tardará mucho; que se haga la voluntad de Dios! Nada me impresionaba la muerte, sabía que sólo yo faltaba, y resignada esperaba mis últimos momentos. Lo único que deseaba era morir al aire libre, y no bajo aquella pesada masa de escombros. Pero era imposible, mi última esperanza se desvanecía. Las únicas voces humanas que se escuchaban eran la de mi cuñada María y la de su esposo Adolfo Rojas, que con tres hijos y la sirvienta habían corrido la misma suerte que nosotros, con pared de por medio. Como los sacudimientos de la tierra eran tan fuertes y tan seguidos, las maderas y vidrios crujían de un modo horrible, y los cuerpos pesados seguían cayendo con estrépito. Mientras tanto, nuestros cuerpos estaban más y más oprimidos, y apenas me quedaba con acción la mano derecha, con que procuraba medio limpiarme la cara, para quitarme algo que me estorbaba, y que supuse fuera ya el sudor de la muerte, pues á ninguna hora sentí que pudiera tener tan heridas mi cara y mi cabeza.

Resucian pasos, renace mi esperanza de morir al aire libre y con los auxilios necesarios, y grito á más no poder; pero ó no oían aquellas gentes de Dios, ó no hacían caso; eso no lo sé.

Trascurrió un largo, muy largo rato, y de nuevo oí pasos como de una persona sola. Mi esperanza aun no se había debilitado del todo; quería morir, como dije, al aire libre y con los auxilios que nuestra santa religión ofrece... Grité y repetí mi súplica.

—¡Voy para allá! me contestó una voz varonil; pero grite otra vez para saber dónde está.

—Aquí! aquí! le contesté con voz casi desfallecida.

—Va á esperar un momento, porque yo solo nada puedo hacer, y por ahí se oyen más personas aterradas. Como que ya viene gente, son dos hombres. ¡Alto amigos! vengan en mi ayuda, que urge mucho.

—No podemos, vamos precisados, contestan los transeúntes.

—Cómo! Si no vienen inmediatamente los tiro, soy autoridad!

En medio de mi tribulación bendije aquella voz enérgica que venía en mi auxilio, y comprendí que, intimidados los

pasajeros se acercaban á ayudar á un policial, que era quien los requería.

—Tóme U. esta linterna, le dice á uno en tono severo, y vengan pronto.

—¡Tiemb!a! ¡Santo Dios! ¡Santo Fuerte! espere, espere...

—Pero ¡qué les va á caer aquí, cobardes, si ya todo está caído? Pasen, pasen. Grite, otra vez, señora, para fijar el sitio donde está U.

—Aquí estoy! grité con suprema ansiedad.

Sentí que comenzaban á remover y apartar los escombros, y cuando primeramente me descubrieron la cabeza y pude respirar con libertad, parecía que me hubiesen quitado de encima una montaña.

—¡Pobrecita! ¿Quién es U., señora? dijo el policial.

—Angélica de Zavaleta, le contesté.

—Cómo! La señora de don José?

—Sí señor, la misma.

—Ah! sí está U. inconocible, por el lodo y por la sangre de que está cubierta su cara.

—Bueno; aquí á mi lado está él, lo sacan también si me hacen el favor.

—Sí señora, con mucho gusto, si está vivo.

Continuaron apartando escombros con las manos, y de pronto se detuvieron.

—Tiemb!a! salgamos fuera, mientras pasa, dicen los peones.

—No sean cobardes, esto precisa, la señora va á morir, les replica el jefe. Acerquen la luz; sí, es verdad, aquí está su esposo, pero está muerto, señora.

—Aunque esté muerto, sáquelo, y dos niños más que están aquí, y una sirvienta que está gritando todavía un poco más adentro.

—No señora, su esposo ya murió, y ahora vamos con los vivos que se oyen por ahí.

Cogí la cabeza de José para convencerme de si era ó no cierto lo que se me decía, y como ví que no se me engañaba, no sé lo que sentí. Yo le sigo, por dicha; creo que moriré pronto, les dije.

—De veras! esta señora ya no tarda en morir, repiten todos á media voz.

Luego, dos de ellos, con el mayor cuidado me colocaron en la línea férrea, mientras el tercero alumbraba con la linterna. Aquí la dejamos, me dijeron, vamos á socorrer á los otros que gritan. No muy tardado estaban allí con Adolfo, el

esposo de mi cuñada María. Por último, sacaron á mi cocinera, muy herida pero con la niña sana.

—Aquí los dejamos, mientras amanece: porque hay que ir á atender á otras víctimas. Son pasadas las doce.

—No, no, les contestamos á la vez. Llénvenos á ese rancho de en frente, allí tenemos familia: y añadí, sí, llévenme pronto, porque siento gran frío y además está lloviendo mucho, es una caridad! Traíganme agua, porque me muero de sed!

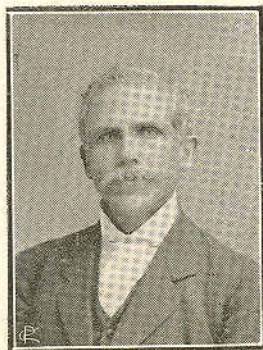
El policial previsor sacó una media botella de vino y me ofreció un poquito para reanimarme.

—Está bien, vamos á llevarlos, repuso.

En ese momento salían á nuestro encuentro don Santos y mi cuñada Luisa, quienes indicaron la senda que se podía seguir entre los escombros para llegar al rancho. Me colocaron en una cama, luego trajeron á Adolfo, y por último á mi sirviente con su niña. Allí fui atendida esmeradamente por la familia que pasó el resto de la noche poniéndome paños en las heridas. Mi suegra que vivía un poco retirada, y que ignoraba nuestra situación, llegó en la mañana. En seguida llegó mi cuñado don Ramón M. Quesada, y todos ellos lo mismo que el profesor don Alberto Brenes se disputaban mi curación. Don Ramón al ver el estado en que me encontraba, inmediatamente salió en busca de médicos, y á poco rato volvió con el Dr. don Elías Rojas, quien ordenó que me pasaran al kiosko para hacerme las primeras curas y de allí conducirme al Hospital de San Juan de Dios de San José. Yo no pude ver, después de desaterrados, á ninguno de mi casa, y sólo supe que el apreciable caballero don Juan Brenes A. se encargó de recoger los cadáveres y darles cristiana sepultura. ¡Dios se lo pague!

Hasta el Hospital me acompañó mi sobrina Evangelina Quesada Blanco, y puedo decir que la travesía de Cartago á San José, se me hizo eterna por los dolores que sentía, por la incomodidad y por los ayes de los otros heridos que iban en el mismo tren. Llegué á las 9 p. m. al Hospital, donde fui recibida con maternal solicitud por la ejemplar y virtuosa Hermana Sor Vicenta, la cual me hizo conducir á uno de los salones de cirugía. Los doctores Pupo y Cordero, desde el momento que me vieron, aunque no dieron

esperanzas de vida, se tomaron el más alto y humanitario empeño por salvarme, y hoy, después de cuatro meses de asistencia médica, puedo decir que gracias á Dios y al poder de la ciencia, lo mismo que al generoso desprendimiento de todas las personas caritativas que se han interesado por mi desgracia, y para quienes mi gratitud será eterna, puedo contarme entre los sobrevivientes de la destruída ciudad de Cartago.



Ing. don Enrique Jiménez Núñez,  
Actual Subsecretario de Fomento

## Bibliográficas Seddomadarias

Por muy natural y lógica ley de la influencia personal—aunque dentro del mismo círculo de acción y por los mismos rumbos que el desarrollo de su programa indican—nuestra Revista comienza una época nueva é inicia con el vigor de los comienzos y del entusiasmo sincero una labor nueva, bajo la égida del talento y del alma batalladora de nuestro Director de hoy, y nuestro editor de antes, sin que en todos los esfuerzos de unos y de otros se olvide el ejemplo heroico de aquel gran entusiasta de la cultura y amador del arte que es Próspero Calderón, el fundador de estas hojas literarias.

En una perspectiva de amplitud inmensa, muchos baluartes por vencer y tantas rosas que vendimiár para mañana ofrecen